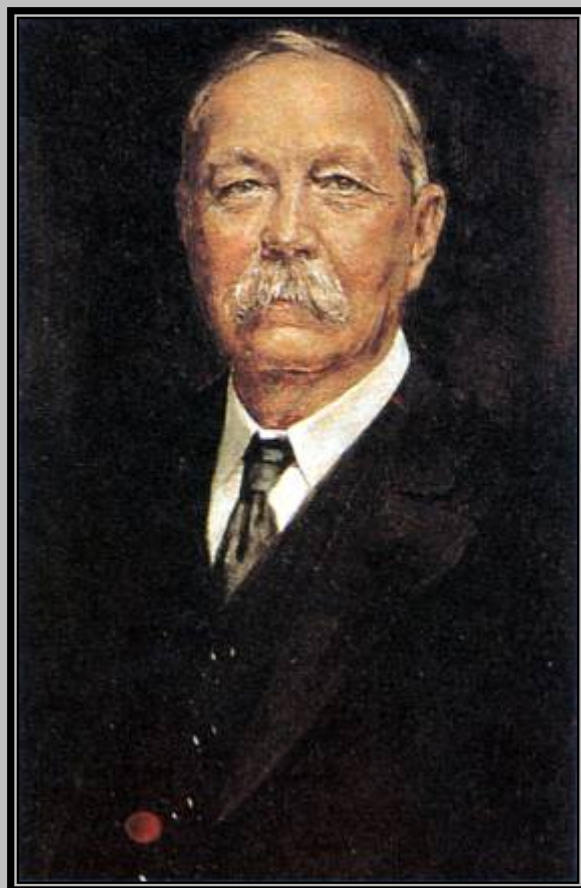


SIR ARTHUR CONAN DOYLE



Sherlock-Holmes.es

Sir Arthur Conan Doyle - La Colección

Edita: Sherlock-Holmes.es

Redactores y colaboradores: Luis Gasca, Miguel Arrieta, M^a Carmen Torra, José M^a Casanovas

Ilustración: Luis Gasca Archives

Reservados todos los derechos.

Para cualquier consulta sobre la presente obra, visite la web Sherlock-Holmes.es

(1^a Edición, Mayo 2007)

ÍNDICE

Capítulo I. Nace un maestro _____	4
Capítulo II. Años de estudio _____	7
Capítulo III. Una aventura africana _____	10
Capítulo IV. Encuentro con la madurez _____	13
Capítulo V. Las múltiples facetas del doctor Doyle _____	15
Capítulo VI. El precio del éxito _____	17
Capítulo VII. Cambio de rumbo _____	19
Capítulo VIII. Años difíciles _____	22
Capítulo IX. Un viajero empedernido _____	25
Capítulo X. Una crisis personal _____	28
Capítulo XI. Un título de nobleza _____	30
Capítulo XII. Un momento crucial _____	33
Capítulo XIII. Un fogoso contrincante _____	35
Capítulo XIV. Defensor de causas justas _____	37
Capítulo XV. La llamada de África _____	41
Capítulo XVI. Una época feliz _____	43
Capítulo XVII. Vientos de guerra _____	46
Capítulo XVIII. La Gran Guerra _____	48
Capítulo XIX. Vida después de la muerte _____	51
Capítulo XX. El más allá _____	54
Capítulo XXI. Un importante mensaje _____	57
Capítulo XXII. La gran cruzada _____	60
Capítulo XXIII. El polémico espiritismo _____	63
Capítulo XXIV. Un tiempo que se acaba _____	66
Capítulo XXV. Un viajero infatigable _____	68

Capítulo I. Nace un maestro

Resulta curioso que con frecuencia los seguidores y devotos admiradores de un personaje de ficción ignoren la figura de su autor. A menudo, el único mérito que le atribuimos a un autor se reduce a haber creado un mito con el que compartimos aventuras, y limitamos su vida y sus méritos a la creación de nuestro personaje favorito, dejando al margen el resto de sus facetas aunque sean tanto o más importantes y en muchos casos ilustrativas de por qué, cuándo y cómo nació el personaje. En el caso de Sir Arthur Conan Doyle el delito es flagrante: cientos de miles de fanáticos admiradores de Sherlock Holmes, repartidos por todo el mundo, rinden culto a la criatura, olvidando al creador y sus otras interesantes actividades como historiador, periodista, gran deportista y uno de los grandes impulsores del espiritismo como alternativa de la existencia de otra vida después de la muerte.



Sir Arthur Conan Doyle, por H.L. Gates.

Desde su aparición, innumerables sociedades Holmesianas surgen por doquier, aun en nuestros días, analizando y desbrozando los más insignificantes detalles de la vida y los hábitos del famoso detective. Muestran un fervor capaz de obligar al autor a resucitarlo cuando, hartado de él, lo había despeñado por las gargantas de Reichenbach (Suiza) en compañía de su antagonista, el malvado profesor Moriarty, deseoso el pobre Sir Arthur de dedicarse a menesteres más gratificantes aunque indudablemente de mucho menos eco popular. ¿Quién era él para decidir sobre la muerte del admirado Sherlock Holmes? ¡Sólo su padre y creador! Doyle, al que le entusiasmaba la novela histórica desde que en 1891 publicara *La guardia blanca*, tuvo que retomar las aventuras del hábil, sutil, a veces irónico y siempre condescendiente Sherlock Holmes a mayor gloria de sus legiones de seguidores, ávidos de compartir sus nuevas aventuras y sus prodigiosas deducciones.

La creación de un gigante.

El 22 de mayo de 1859 nacía en Edimburgo un alegre y bullicioso niño que acabaría siendo uno de los personajes más famosos nacidos en la capital de Escocia. Al ser bautizado en la Iglesia católica recibió los nombres de Arthur, Ignatius (por Ignacio de Loyola) y Conan, este último en honor de su padrino Michael Conan, famoso artista de la época y hermano de su abuela paterna. Su padre, Charles Altamont Doyle, procedía de una familia de origen normando y era hijo de John Doyle, quien se había trasladado a Londres desde Dublín en 1815, donde se hizo famoso bajo las iniciales H. B. realizando caricaturas de políticos, nobles, artistas y demás famosos de la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX. Casado con Marianna Conan, tuvieron siete hijos, dos niñas y cinco niños. Entre ellos destacaron

Richard, el mayor, que se convirtió, tras las huellas de su padre, en un reconocido dibujante que militó en la revista "Punch", desde la que satirizó la vida de la clase alta londinense; James, que fue un discreto escritor interesado en temas de genealogía y heráldica; y Henry, pintor, crítico de arte y famoso director de la National Gallery irlandesa, que bajo su dirección alcanzó momentos de gran brillantez.

El más pequeño de los hermanos, Charles, fue enviado a Edimburgo para trabajar como funcionario en la oficina de Obras Públicas, donde se ganaba un sobresueldo pintando en sus ratos libres. El destino hizo que Charles Doyle se alojara en una casa de huéspedes regentada por la estirada Katherine Pack, viuda de William Foley, un joven médico del Trinity College cuya temprana muerte dejó a su familia en una difícil situación económica. Katherine presumía de descender de los Plantagenet por una rama colateral y de su parentesco con Sir Denis Pack, que mandaba las tropas escocesas en la batalla de Waterloo. Como nota curiosa, cabe añadir que uno de los personajes favoritos de John Doyle, el padre de Charles, era el duque de Wellington, héroe de Waterloo, con el que se decía tenía un cierto parecido. Coincidencias aparte, el joven Charles Doyle se enamoró como un colegial de Mary Foley, la hija de Katherine Pack, una bella muchacha inocente, soñadora y un poco esnob, que con sus aires de grandeza intentaba hacer olvidar su precaria situación. Mary y Charles se casaron en 1855, vencidas las



El escritor posando con su padre, Charles Altamont Doyle, en 1865, cuando sólo tenía 6 años.

reticencias de la orgullosa Sra. Foley, nacida Pack, como recordaba insistentemente a todo el mundo. Entre 1856 y 1877 el matrimonio tuvo diez hijos, de los que sobrevivieron siete: cinco niñas (Annette, Constance, Lottie, Ida y Bryan Mary) y dos niños (Arthur e Innes). Tan larga prole y la inclinación de Charles a la autocompasión, que le condujo a la bebida, condicionaron seriamente la economía familiar.

Un fino observador.

Desde su nacimiento, Arthur hizo las delicias de sus padres y se convirtió en el claro favorito de ambos. Era un niño alegre y despierto que, movido por su gran curiosidad por todo lo que le rodeaba, no cesaba de hacer preguntas a los mayores. Desde muy niño, Mary inició a su hijo Arthur en el placer de la lectura, que fue un gran consuelo frente a las espantosas condiciones en las que vivía la familia y a la dureza de la modesta escuela de Edimburgo, que él mismo, más tarde, definiría como digna de un relato de Dickens. Sin embargo, su afición a la lectura no fue nunca un impedimento para convertirse en un hombre de acción. Para él no existía ninguna dicotomía entre pensamiento y acción, y esto, unido a su fortaleza física y a su facilidad para los deportes, le convirtió en el paladín de los chicos de Picardy Place, el barrio donde vivía en eterna lucha con los jóvenes de un cercano barrio sede de algunas de las más

lujosas casas de Edimburgo. Su carácter hacía que devorase todo libro que cayese en sus manos, a la vez que soportaba los golpes y castigos sin fin por su incesante actividad y rebeldía en las aulas del colegio.



Retrato de Mary Foley, madre de Sir Arthur Conan Doyle, en 1891.

Cuando iba a cumplir los diez años, sus padres le enviaron a Hodder, la escuela preparatoria del muy selecto Stonyhurst College, regentado por los jesuitas desde su fundación en 1794. Tras dos años en Hodder bajo la protección del tolerante y humano padre Cassidy, Arthur pasó a las aulas de Stonyhurst, una antigua mansión medieval que inspiraría a Arthur el escenario de uno de sus relatos más famosos, *El perro de los Baskerville*. La educación de los alumnos de Stonyhurst se basaba más en el miedo y la intimidación que en la lealtad y el respeto. La disciplina de los jesuitas, basada en los castigos corporales y la humillación, así como el obsesivo pánico a todo lo relacionado con el sexo, marcaron la vida de los estudiantes de la época, entre los que Arthur Conan Doyle no fue una excepción. De hecho, según Anthony Burgess, Doyle realizó varios guiños maliciosos en sus obras. Así, Sherlock Holmes recibió su nombre de pila de Patrick Sherlock: el menos inteligente de todos sus condiscípulos en Stonyhurst. John Francis y Michael Moriarty fueron dos hermanos que recibieron el premio Stonyhurst en la disciplina que apasionaba al malvado profesor del mismo nombre, las matemáticas. Y el poeta-jesuita Gerard Manley Hopkins, profesor de griego en Stonyhurst, dio pie al inspector Stanley Hopkins de la saga de Sherlock Holmes.

Pero no todo fue negativo en el colegio. Arthur Conan Doyle se convirtió en un gran jugador de cricket y fútbol. Y esto, unido a su pasión por la lectura y los fines de semana que pasaba en Londres en casa de su tío Richard, quien le inició en el gusto por el teatro, dio un poco de alegría a su austera vida durante estos años.

Capítulo II. Años de estudio

Tras acabar sus estudios en el estricto Stonyhurst, siempre de la mano de los jesuitas, el joven Conan Doyle fue invitado a Austria en 1875 para aprender alemán en Feldkirch, otra de las escuelas de la compañía. Fue su primer viaje al Continente y le sorprendieron el carácter mucho más humano de los profesores y la atmósfera de relativa libertad del colegio. La dura experiencia de Stonyhurst había madurado al joven Doyle, y el ingenuo niño escocés se había convertido, a sus dieciséis años, en un muchacho robusto, inteligente, sensato y con un fuerte sentido de la amistad, producto de compartir lo bueno y lo malo con sus compañeros de internado, sobre todo con James Ryan, con el que le uniría una fuerte amistad durante toda su vida. En Feldkirch aprendió algo de alemán, pero sobre todo tomó contacto con los deportes de invierno, en los que cosechó grandes éxitos debido a su innata facilidad para los deportes y a su fortaleza física. Sus triunfos deportivos, su simpatía y sus dotes para la oratoria le convirtieron en un líder al que adoraban todos sus discípulos.



Retrato de juventud de Conan Doyle.

En su regreso a Escocia hizo una escala en París para visitar a su tío abuelo Michael Conan. Esta visita marcó al joven Arthur, que quedó profundamente impresionado por la personalidad de su tío. Como él mismo dijo en una ocasión: "Me parezco más a él física y mentalmente que a ningún otro de los Doyle". Siempre les unió un gran afecto, y las historias de aventuras y viajes de su tío influyeron en la producción literaria posterior de Conan Doyle. De vuelta a Escocia, el joven Arthur decidió estudiar Medicina en la Universidad de Edimburgo. No era Oxford ni Cambridge, pero el presupuesto familiar no daba para más. Charles y Mary Doyle aceptaron encantados la decisión, ya que, aunque admitían su afición a la literatura, les parecía mucho más seguro y sensato que su hijo se doctorase en Medicina, con la que podría comer todos los días. A pesar de la ayuda familiar, Doyle tuvo que solicitar diversas becas, y durante los veranos trabajó como ayudante de varios médicos. En 1878 trabajó con el doctor Richardson de Sheffield; en 1879, en Shropshire con el doctor Elliot, y más tarde con el doctor Hoan en Birmingham, con el que repitió porque era el que mejor pagaba y, además, contaba con una clientela de mendigos y delincuentes que eran para el joven Doyle un filón de personajes que utilizaría en sus aventuras de Sherlock. De hecho, el Londres que describe Doyle tiene mucho que ver con el Birmingham que conoció en su juventud.

Aparece el Doctor Joseph Bell.



*El doctor Joseph Bell,
profesor de Doyle.*

De todas las personas que conoció en la Universidad de Edimburgo, dos profesores influyeron decisivamente en el joven Arthur. Uno de ellos fue John Rutherford, una impresionante figura, cuya barba y rugiente voz, treinta años más tarde, Conan Doyle utilizaría para su creación del profesor Challenger. El segundo fue una figura clave que impresionó tanto al joven estudiante de Medicina, que le sirvió para dar vida a su personaje más famoso: el detective Sherlock Holmes. Se trataba de Joseph Bell, catedrático de Edimburgo, quien distinguió a Conan Doyle entre sus discípulos, nombrándole su ayudante. La agudeza de Bell para diagnosticar las dolencias y adivinar las circunstancias personales de cada uno de los enfermos impresionó enormemente al futuro escritor, que, como Watson con Holmes, asistía fascinado a las deducciones de su profesor. Con un llamativo físico, alto, delgado, fibroso, con largos brazos y piernas, inquisidores ojos grises y una extraña forma de caminar a saltos, Bell era un hombre brillante en todo lo que emprendía, aparte de un excelente médico a quien le apasionaban la poesía y la ornitología.

Era un experto en estrategia militar y le fascinaban las historias policíacas. Deportista notable, destacaba en cricket, boxeo y tenis. No es de extrañar que tan fascinante y carismático personaje cambiase la vida de Conan Doyle y, a través de los escritos de éste, la vida de muchos de sus lectores, que vivirían en las brillantes deducciones de Sherlock Holmes la fascinación que sentía el autor por su profesor Joseph Bell.

Un importante cambio de rumbo.

En 1879, una serie de acontecimientos familiares afectaron profundamente a Conan Doyle, haciéndole madurar muy por encima de lo que se espera de un joven de su edad. Su padre, Charles Doyle, fue internado en una residencia psiquiátrica, comenzando un ir y venir que duraría hasta el final de su existencia. Su inestable carácter, unido al abuso del alcohol, le había sumido permanentemente en una depresión durante los últimos dos años, como consecuencia de una forma de vida que le hacía infeliz. Alcohólico y epiléptico, odiaba Escocia, odiaba a la Iglesia católica y odiaba, sobre todo, su fracaso familiar. Se volvió susceptible y desconfiado, y pensaba que todo el mundo se reía de él a sus espaldas; empezó a odiar a su esposa, y sus hijos le dejaban totalmente indiferente. Mary, la madre de Arthur, finalmente arrojó la toalla y aceptó que fuese internado de forma definitiva. La familia se separó, y Mary se fue a vivir a Masongill Cottage, en Yorkshire. Arthur, con diecinueve años, tuvo que hacerse cargo de la casa familiar.

En estas circunstancias, no es de extrañar que Arthur Conan Doyle tomase la arriesgada decisión de abandonar temporalmente sus estudios y que aceptase la oferta de un amigo suyo para enrolarse como médico de un barco de pesca. El "Hope" era un barco ballenero que navegaría durante siete meses desde Peterhead hasta el Ártico. A un joven activo, aventurero y angustiado por la situación familiar, el ofrecimiento le pareció una ocasión única para vivir maravillosas aventuras con una tripulación de aguerridos marineros que le permitirían hacer acopio de anécdotas y relatos para sus futuras novelas, ignorando los peligros reales que implicaba una expedición de esas características a finales del siglo XIX. Desoyendo el consejo de sus familiares y amigos, que no veían adecuado el trabajo para un joven de su posición, aceptó encantado y se embarcó en el "Hope" a principios de 1880.

Conan Doyle iniciaba lo que sería para él una fantástica escuela de periodismo. Su carácter y su agudeza le permitían aprovechar y sacar conclusiones de cualquier situación, y con más razón de unas circunstancias y unos personajes tan poco habituales. Para entonces ya había hecho sus pinitos como escritor y, en octubre de 1879, el "Chamber's Journal" le había publicado su cuento *The Mystery of Sarasa Valley* (*El misterio de Sarasa Valley*); poco después, la revista "London Society" le compró los derechos de *The American's Tale*. Pero, hombre sensato, comprendía que, a pesar de sus éxitos, su pluma no daba lo suficiente para mantenerle.